

868

A

PQ9261

.T7

U5

---

ES PROPIEDAD

---

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## Advertencia preliminar

Cuando, hace apenas cuatro años, se publicó en Lisboa la segunda edición del libro que ahora presento á mis lectores, tuve el gusto de hablar de él en un periódico madrileño, señalándolo al público como uno de los más simpáticos é interesantes que ha producido en nuestros días la literatura peninsular.

El autor de *Os meus amores*, Trindade Coelho (decía yo entonces), nos dá, artísticamente fundido, el *sabor de su tierra*. A veces, recuerda la gracia satírica y la emoción cariñosa de Narciso Oller, á veces el donaire y naturalidad de Pereda; y hay momentos en que llega á un

grado de perfección y habilidad tales en la pintura, que sólo cabe compararlo con nuestros mejores *costumbristas* de otros tiempos.

Trindade Coelho tiene una condición muy rara vez alcanzada por los cantores de la vida rural; y es que ha penetrado el alma de los campesinos, el alma del pueblo; y en vez de lirismo campestre, — que es á lo que llegan los más, — ó de puro paisaje sin figuras vivientes, nos dá verdadera literatura realista, en lo descriptivo y en lo psicológico. Su amor á *la tierra* no es retórico ni externo: vive con sus personajes; y, aunque refinado de cultura, intelectual *erudito*, conoce y comprende las particularidades del alma de los ignorantes y de los humildes. Por esto mismo siente de veras la naturaleza, y sabe, con admirable sobriedad las más de las veces, hacer resaltar la nota justa, revelando aspectos nuevos, emociones muy íntimas, misteriosas y dulces, que á muy pocos es dado advertir. Véase la

prueba de ello en el *Idilio rústico*, cuyo paisaje de amanecer es de un encanto irresistible.

Pero todavía tiene más Trindade Coelho. Es uno de los pocos que han comprendido y se han interesado en contar la vida de seres inferiores al hombre, y en tomar como materia de sus cuentos las relaciones entre aquéllos y éste, nunca tan estrechas y tan *sentimentales* como en el campo. Los eternos y falsos tópicos pastoriles de la poesía cursi, los ha sustituido Coelho por objetos reales del mundo que describe. Las dos narraciones tituladas *Sultán* y *¡Madre!* son verdaderos modelos en este orden; y esa simpatía hacia los animales, — elementos esencialísimos de la vida rural, — no es sólo una nota perfectamente realista, sino, también, un atractivo, nuevo y fuerte, de la obra del poeta. Mayor penetración de este sentimiento yo no la he visto en los literatos peninsulares, si se exceptúa á Juan Ochoa, en su cuento de un gato.

No tiene en rigor desperdicio el tomo de *Os meus amores*. El público portugués y la crítica le han hecho honor acogiendo con excelente éxito; y el gran poeta João de Deus, dijo estas palabras, que resumen muy bien los méritos del libro:

«Hacíanos falta un libro casto, en que pudiéramos purificar el espíritu de esas observaciones fisiológicas y no sé qué más, que todos los días se publican. El libro de Trindade Coelho tiene lo que yo llamo «gracia,» sin poder definirlo exactamente... La «gracia» en literatura es todo, pero es muy rara.»

Trindade Coelho, que es joven, que pertenece á la moderna generación literaria, sigue trabajando, todo cuanto se lo permiten sus quehaceres oficiales en la carrera judicial; y la próxima tercera edición de *Os meus amores* saldrá aumentada con nuevos cuentos de costumbres campesinas (publicados en *A Leitura*, en la *Revista moderna* y otros periódicos), que no cabe incluir en el presente volumen.

Seguros estamos de que los constantes lectores de la COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA gustarán con deleite los méritos del cuentista portugués, y lo convertirán pronto en uno de sus autores favoritos. Pensándolo así, hemos acometido la traducción y hemos puesto en ella los mayores cuidados para desmerecer lo menos posible del modelo (1).

R. A.

(1) Doy las gracias aquí, públicamente, al señor Gonçalves Vianna, quien, por intermedio del propio T. Coelho, ha tenido la bondad de ayudarme en la resolución de algunas dudas y dificultades.

Ultima dádiva



## Última dádiva

Al Dr. A. A. de FONSECA PINTO.

Distante del río apenas un tiro de bala, veíase el huerto de José Cosme; hermoso huerto, aunque de reducidas dimensiones, todo cubierto de frutales y hortalizas, cerrado de viejas paredes musgosas, ahogadas en maleza, y comunicando con el camino por un postigui-  
llo mal seguro. Aquello era todo cuanto le quedaba al pobre hombre de sus anti-

guas haciendas: el huerto; á un lado la noria, y junto á la noria, sobre el toldo espeso y brillante de la vieja magnolia gigantesca, la mísera casita, con solo una puerta y dos ventanitas laterales, pero muy pintoresca, con su revestimiento de hiedra que colgaba del tejado, entrelazada con las enredaderas.

Así es que en la primavera, cuando las parásitas abrían serenamente sus delicados cálices sobre aquel fondo de verdura reluciente, y la magnolia toda se adornaba de flores, haciendo dosel á la vivienda, el reducido trozo de huerto con su noria y con su agua brillante y limpia, tomaba el aspecto ingenuo de un delicadísimo cuadro de paisaje, deliciosa acuarela, alegre é idílica, llena de encantos en la rústica poesía de su sencillez.

Durante el verano, en las horas de calor, cuando el sol caía de plano sobre el extenso panorama adormecido y turbio, y los árboles del camino no daban sombra que consolase, aquella tranquilidad con que José Cosme roncaba bajo el cobertizo, los brazos y el pecho desnudos, el sombrerón de paja basta resguardán-

dole el rostro, daba envidia á los que pasaban por allí, cansados y llenos de polvo, flagelados por el estiaje inclemente.

—¡Tío José! — gritábanle desde el camino. — ¡Tío José! ¡Buena vida nos damos!

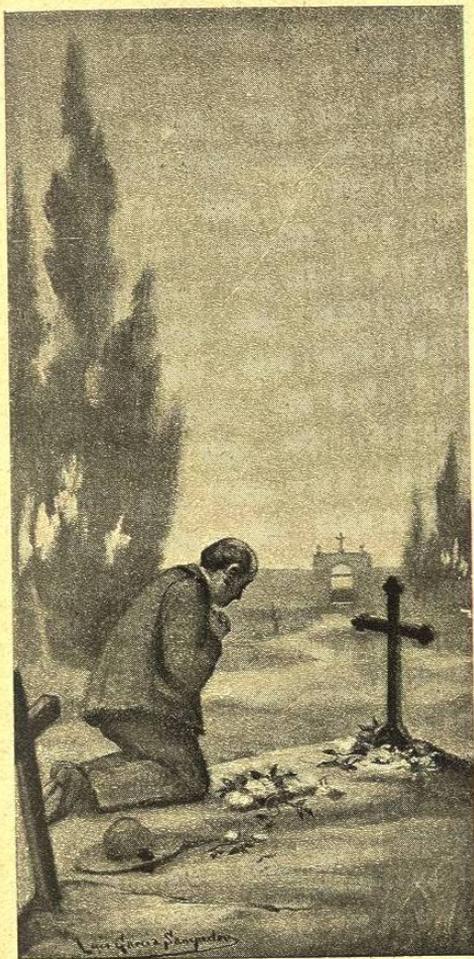
Pero los que entendían de agricultura, propietarios y caseros, esos dejaban dormir á José Cosme y quedábanse admirando el huerto.

¡La verdad ante todo!... ¡Hermoso huerto, sí, señores! Por aquellos contornos no había otro que se le pudiera comparar, tan esmerado era su cultivo, tan esmerado y tan completo; porque, además, ni un palmo de tierra quedaba sin trabajar. En los bancales, dispuestos con agradable simetría, verdeaban llenas de pompa, frescas y con gran medro, legumbres de todas clases, desde la lechuga tiernísima, de hojas verde-claro, agazapada en el cauce húmedo de las regueras, hasta las habichuelas trepadoras, que, enroscadas, subían por el vasto rodrigón de castaño colocado con toda pulcritud, formando macizos de verdura sombría, que las cápsulas del fruto horadaban por todas partes.

Árboles, apenas los precisos para hermosear el huerto sin perjudicar con la sombra la libre vegetación de las hortalizas; pero todos los que había eran abundantes en frutos en las estaciones correspondientes: cerezas, peras, manzanas, hasta melocotones.

Pocas flores, cosa que todos notaban con extrañeza. Pero desde que se le murieron la mujer y la hija, José Cosme había dejado de cultivar las flores, y en los bancales que antes ocupaban, sembró repollos, que por cierto saltan desmedrados. Cuidó tan sólo de que no pereciesen los aleltes. Una vez por año, á fines de Mayo, los cogía todos de una vez y los llevaba juntos á la humilde sepultura de sus muertos.

Precisamente aquella tarde había ido al cementerio para cumplir su fúnebre visita. Cuando se retiró, era ya de noche. Apenas acabó de cenar, levantóse bruscamente de la mesa y fuese hacia el huerto, con grandes deseos de llorar. Hallábase en sus horas tristes, en esas horas en que las energías todas de su alma, y hasta las de su cuerpo, doblá-



banse bajo el látigo de un violento dolor, exacerbado ahora por la nostalgia de los que se le habían muerto... Y para mayor desgracia, había perdido el consuelo de las lágrimas. De modo que, sin ese lenitivo, aquellas terribles tempestades costaban de soportar el doble. Abstraído, en una especie de entorpecimiento idiota, recorrería sin descanso todas las calles del huerto, cabizbajo, agobiado, como un autómeta. Si de vez en cuando se paraba recogándose en una atenta quietud, al punto un brusco gesto descomponía su inmovilidad de estatua, y soltando un hondo gemido, tornaba de nuevo á andar.

— ¿Vienes ó no vienes? — preguntaba evocando con penoso esfuerzo la imagen de la mujer ó de la hija. No venía; y cuando se mostraba, era como un relámpago, que presto desvanecíase.

En esta lucha con su dolor, iban pasando las interminables horas. Era ya tarde, tal vez la una de la madrugada. Por única luz la de las estrellas, pues

la luna salía tarde. Pesaba sobre todo el paisaje el amplio silencio de la noche, apenas cortado, á lo lejos, por la soñolienta melopea del río.

Un muchacho que iba por el camino, miró por casualidad hacia el huerto de José Cosme, y vió un bulto que se mostraba de improviso y desaparecía luego rápidamente en un ángulo, donde la sombra era más densa.

— ¡Misterio tenemos!... — murmuró para sí el rapaz.

Y, junto á un árbol, quedóse acurrucado, esperando. No pensó que fuese José Cosme; aquello debía ser algún pícaro ratero que ventía allí á hacer de las suyas. Agachóse para buscar una piedra. Cogió dos, por si con la primera no acertaba.

— ¡Perro del diablo! — exclamó por lo bajo el muchacho, colocándose en posición de lanzar la piedra. — Aguarda, que te voy á arreglar... — Y ya iba á tirarla en dirección del sitio, cuando el bulto salió de la sombra y tomó por un sendero, derechamente hacia el punto donde estaba el rapaz.

— Mejor. Te ponés más á tiro...

É inclinándose un poco sobre la pared, miró el bulto que avanzaba, tratando de conocerlo. Quien quiera que fuese, traía la chaqueta sobre los hombros y le blanqueaban las mangas de la camisa. En medio del sendero, precisamente enfrente de él, paró. Entonces fué cuando el muchacho se acordó de José Cosme. El *bulto* parecía, en efecto, ser el de éste; recordaba ahora haber oído que el pobre hombre, cuando le atormentaba la nostalgia de la mujer y de la hija, pasábase las noches en claro, recorriendo como un loco aquellos andenes por donde ellas iban en otro tiempo.

Cuando oyó sollozar, acabó de convenirse. Instintivamente, dejó caer las piedras y preguntó:

— ¡Tío José! ¡Tío José! Soy yo, Luis... ¿Qué le pasa á usted?

El labrador no respondió; parecía que ni siquiera hubiese oído. El muchacho insistió:

— ¿Le duele á usted algo, tío José?

— ¡No me duele, no! ¿y sabes qué te digo? pues te ruego por las almas del

Purgatorio, que me dejes. Bastante me atormentan mis aflicciones. Anda con Dios, anda.

El muchacho quedó sorprendido, triste por el tono de súplica dolorosa que José Cosme diera á aquellas palabras; y retiróse silencioso, casi aterrado con la idea de que podía haber matado al pobre hombre, de haber acertado con la pedrada.

Entretanto, la noche iba avanzando, grave, triste, sin otro rumor que el de las aguas del río. Y José Cosme, sin salir de su preocupación, iba y venía por las calles del huerto, parecido á un autómeta ó á un sonámbulo. Á veces, acercábase á la puerta de la casa y poníase á escuchar. Como nada oía, tornaba nuevamente á su paseo. En esto, una de las veces que pasaba frente á la cancela, parecióle oír pasos:

— ¡Tomás!

— ¡Señor José! — respondió el que entraba, con voz que era la propia del barquero.

Cosme sintió entonces un gran deseo de llorar; pero, mordiéndose los labios, lo dominó. Como el barquero extrañase hallarlo levantado, él hizo notar que no se había acostado siquiera.

— Como tenía que madrugar...

— Pues ya es hora de partir, señor José; son cerca de las dos. No tardará en amanecer. — Y al llegar á la puerta de la casa: — Sería bueno despertar al chico, — añadió; — entre si se viste ó no se viste, llega la hora. — Irían á vela, si no cambiaba el tiempo. Era, pues, conveniente apresurarse.

Pero á la idea de tener que despertar al chico, José Cosme dejóse caer sobre el banco que estaba debajo del cobertizo, y rompió á llorar copiosamente.

El barquero, enternecido, trató de animarlo.

— ¿Y eso, señor José?... El llorar es cosa de mujeres. ¡Miren qué hombre! — Y probaba á levantarlo, á ponerlo de pie. — ¡Límpiese las lágrimas, que va usted á afligir al chico! No querrá usted que vaya llorando todo el camino.

Cosme hizo rudamente con la cabeza

un movimiento negativo, y se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

—Ahora, levántese. — Y lo aseguró con fuerza por bajo de los brazos. — ¡Así! Porque el chico se marche al Brasil, no crea usted que no ha de volverlo á ver más.

Pero eso era precisamente lo que él pensaba...

—No sé por qué, creo que no volveré á ver al chico, — añadió llorando José Cosme.

—¡Qué tontería! Esas son aprensiones que asaltan á los hombres cuando están tristes. Lo verá usted tal que no ha de conocerlo; se lo digo yo. Año arriba ó abajo, aparecerá por aquí, rico...

¡Ricol Bastante le importaba á él que el chico volviese rico ó no. Lo que deseaba era que volviese, y que él todavía estuviera vivo, sólo para abrazarlo.

—Claro que sí, más era preciso conformarse; había que tener paciencia: José Cosme debía animarse para animar al chico, — recomendaba el barquero.

—Sí... sí... — tartamudeaba Cosme. — ¡Vamos allá, con Dios! Así como así...

Y con un profundo ¡ay! dolorosísimo, fuese derecho á la puerta para llamar al pequeño. No cabía remedio; había nacido en mala hora, tenía que ser desgraciado hasta que lo enterrasen... Sobre la estrecha y humilde cama, el hijo dormía profundamente. ¡Qué pena tener que despertarlo! Viniéronle tentaciones de despedir á Tomás y dejar dormir al niño. ¡Quién sabe si su suerte futura, si su vida entera valdría tanto como la dulce tranquilidad de aquel sueño! No tenía valor para despertarlo y hacerlo vestir; era casi un pecado romper aquel último sueño dormido bajo el techo paterno... ¡El último sueño! ¡el último sueño!

—Si esperáramos á que despertase... — atreviése á decir el triste.

Pero Tomás, que tenía prisa, recordó secamente que era hora de poner el barco en marcha.

José Cosme encendió entonces la vela, temeroso de que la luz despertase al niño, y acercándose á él, se puso á escucharle la respiración. ¡Dormía!... Mas, blandamente, le puso la mano so-

bre la cabeza y le llamó bajito, casi al oído, besándolo, sobresaltado como si



fuese á cometer un gran crimen:

—Hijo, mira qué es hora, hijo mío...

Cuando el pequeño se sentó en la cama, estremecido, dominado todavía por el atontamiento del sueño, cerrando los ojos ante el vivo resplandor de la luz, el padre se unió á él en

un abrazo, y ambos rompieron á llorar.

—¡Adiós, padre!

—¡Adiós, hijo!

Enternecido Tomás, que se había quedado en la puerta, avanzó para desatar aquel abrazo.

—¡Mire usted que es tarde, señor José! Perdone, pero es tarde.

El padre vistió al pequeño, besándolo todavía muchas veces, y salieron. Debajo del cobertizo, Joaquinito quedóse un momento mirando el techo.

—¿La golondrina, hijo?—preguntó José Cosme. — Deja, que yo velaré por ella y por los hijos cuando los tuviere. Descuida.

Pero el chico quiso verla, pidió al padre que lo levantase en alto, sólo un momento. Allí estaba ¡pobrecilla! Sintióla estremecerse cuando la tocó con los dedos...

—¡Adiós! — dijole el pequeño...

Bajó entonces los brazos el padre, y tomando al cuello al hijo, echó á andar. Detrás de ellos, el barquero llevaba al hombro el mísero baúl de pino, todo el equipaje de Joaquín.

Al traspasar la cancela, José Cosme detúvose un poco y preguntó sollozando:

—¿Cuándo volverás al huerto, hijo mío?

El pequeño no respondió. Lloraba sin cesar, viendo que lo separaban de todo lo que amaba en el mundo: la golondrina; después de la golondrina, el huerto, los árboles, la vieja noria, la cancela, todo, en fin.

Atravesaron luego el camino y tomaron hacia el río. Cuando lo oyeron murmurar, apretaron más el abrazo, diéronse un largo beso, húmedo con las lágrimas que ambos derramaban. ¡Ah, cómo deseaba el triste padre que el río estuviere todavía lejos, muy lejos, que huyese delante de ellos, de modo que nunca lo alcanzasen! Pero, he aquí que comenzaba la arena; divisábase ya próximo el bulto obscuro del barco, en que los tripulantes hablaban en voz alta.

—¿Estamos listos? — preguntó todavía de lejos Tomás.

Respondieron del barco que no había más que echar á andar, porque la luna iba á salir.

Al fin, llegaron. En los momentos de silencio oíanse los sollozos de ambos, que parecían prolongarse infinitamente, con su expresión de angustia, sobre el correr monótono de las aguas... Aquello enternece al barquero; también él era padre... Por eso, apenas llegaron á la orilla del río, apresuróse á decir al pequeño:

—Ahora, Joaquinito, besa la mano á tu padre y dile adiós.

Sonó un llanto desgarrador, y la voz del pobre José Cosme, que trataba de animar al niño:

—Vamos, hijo mío... Dios te bendiga, mi amor... Nuestra Señora te acompañe. —É hízole prometer que rezaría siempre á la Virgen y él también le rezaría, pues Élla era quien daba salud, quien hacía felices á los hombres.

—No te olvides de Élla, ni de las almitas de tu madre y de tu hermana...

Pero el chico lloraba cada vez más, agarrado al cuello de su padre, besándolo ansiosamente, acariciándolo, sin fuerzas para decir palabra. Y con esto, José Cosme, perdida la esperanza de animar al hijo, tan sólo exclamaba desvariado:

— ¡Válgame Dios! ¡El Señor me valga con su infinita misericordia!

Y Joaquín, siempre cogido á él, besábalo en la cara, en la cabeza, en las manos; hasta que intervino Tomás, advirtiendo que era preciso salir de allí, de una vez.

— Reflexione, señor José; ello tiene que ser...

Y asegurando fuertemente al pequeño, lo atrajo hacia sí. Cuando ya lo tuvo en los brazos, oyóse á José Cosme que suplicaba con las manos cruzadas:

— Sólo un instante, un instantito de nada, Tomás.

Y el pobre padre cayó de hinojos en la arena, en actitud de súplica.

Pero en aquel momento, el barquero entró de un salto en la barca, llevando el chico en brazos.

— ¡Rema! — ordenó con voz rápida.

La lancha reculó entonces súbitamente, á la vez que los remos hacían ¡chás! sobre el agua.

Entonces los lloros de José Cosme hicieron de una violencia desesperada, al oír la voz lacrimosa del pequeño, que le decía adiós desde la barca.

— ¡Adiós, Joaquín, adiós!

— ¡Adiós, padre!

— ¡Adiós!

Pero, de repente, con voz firme y resuelta, José Cosme gritó en la dirección del barco:

— ¡Tomás, Tomás! Por el alma de tu padre, detente un momento.

¡Se acabó! Hubo de costarle esfuerzo tomar aquella resolución, pero ya era mejor quedar solo del todo. Y asegurando entre los dientes un objeto, tiró sobre la arena la chaqueta y de un salto echóse al agua. Tomás, que oyera el chapuzón del cuerpo, hizo retroceder la barca; pero José Cosme, veterano é intrépido nadador, con media docena de braceos alcanzó pronto la quilla. El hijo hábbase inclinado sobre la borda, con el ansia de esperar al padre, de verlo todavía una vez. Con un movimiento rápido, José Cosme entregó al pequeño lo que llevaba entre dientes, diciéndole anegado en llanto:

— Es la medalla, Joaquín; ¡es la medallita de tu madre, hijo mío!... Rézale, ¿eh?

Y llorando cada vez más, el pobre José Cosme pidió al barquero que le acercase el pequeño para darle el beso último... Dado el último beso, la barca se puso en marcha nuevamente. Acababa de salir la luna, enorme, torva, de color de fuego, como si saliese de un baño de sangre en misteriosa región de lágrimas... Y en el silencio agorero de la noche, — apenas roto por el monótono batir de los remos y por el bracear desalentado del triste nadador, — á la voz del hijo que llamaba respondía cada vez de más lejos — ¡lejos como si fuera del infinito! — la voz lacrimosa del padre, con su fúnebre adiós, que bien sabía él que había de ser eterno...

\* \* \*

Sólo cuando el eco del último adiós de Joaquín, perdido en la distancia, diluído en la luz que surgía, deshecho en el lastimero murmullo de las aguas, fundido en el postrer suspiro del aura matinal, dejó de llegar á la playa, aban-

donó el pobre el arenal y marchó, siempre llorando, tiritando del frío de su desgracia como de un agudísimo viento del Polo, en dirección del silencioso huerto...



**Idilio rústico**